



AMOR
enmascarado

RUTH M. LERGA

¿Podrá el amor superar al orgullo cuando el pasado es un lastre demasiado doloroso? ¿Será la intensa pasión que se palpa entre ellos suficiente para convencerlos de darse una nueva oportunidad?

Ha llegado la hora de que Helena, la hermana del conde de Hentley, sea presentada en sociedad, y no puede contar con dos padrinos más excelsos: su hermano Sebastian, conde de Hentley, y la antigua pupila de este e íntima amiga de la familia, Genoveva Rachôme, una joven duquesa que quedó viuda dos años antes y que cuenta con la mejor de las reputaciones. Lo que nadie sospecha es que, en el pasado, hubo entre ellos sentimientos que nunca llegaron a confesarse.

Sebastian detesta a la princesa de hielo en que Veva se ha convertido a su regreso a Inglaterra; Genoveva culpa a Sebastian de haber perdido toda su espontaneidad al forzarla a un matrimonio desgraciado lejos de todo lo que conoce.

Durante seis meses van a tener que convivir en la misma casa, preparar a la joven, acudir a las mismas fiestas y simular una buena relación, cuando el rencor y el arrepentimiento campan a sus anchas en cada conversación que mantienen.

La discreción, obligada para que la temporada de la pupila de ambos sea un éxito, va a ser un reto, siendo que no pueden estar cerca el uno del otro sin que salten chispas... de odio o de pasión.

Índice de contenido

Cubierta

Amor enmascarado

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Sobre la autora

Notas

*Para todas las valientes que han sufrido un
desengaño amoroso y siguen creyendo en el
amor.*

Prólogo

Londres, finales de abril de 1800

Conforme la conversación avanzaba, la desesperación de Sebastian iba en aumento. Se había reunido con su abogado para tratar el espinoso tema de *lady* Genoveva Sinclair, la joven dama a la que tutelaba.

Pocos caballeros tenían, contando solo veintidós años, una pupila de dieciocho a su cargo. Tampoco era frecuente, después de todo, heredar un condado próspero tan temprano, pero la muerte de sus padres, tres años antes, lo había precipitado a la vida adulta sin estar preparado, forzándolo a dejar la universidad aun sin completar sus materias y encerrarse en Lancashire para aprender a ser un noble con un amplio patrimonio y responsabilidades políticas y familiares.

—Es una situación complicada, Hentley —le decía el licenciado—. Los Sinclair eligieron al anterior conde como padrino de *lady* Genoveva y el marqués explicitó en su testamento, además, que, en caso de que algo les ocurriese, fuera él quien se hiciera cargo de la joven hasta que esta contrajese matrimonio. Al morir los cuatro juntos en aquel terrible incidente en... —dudó.

—Sierra Morena, Córdoba —acabó Sebastian por él, con voz hueca—. La marquesa era española e iban a pasar el invierno en la finca de su familia, buscando un clima más

cálido dado el reuma que mi madre padecía. Los atracaron en uno de los desfiladeros.

—Exacto. La cuestión es que todos ellos perecieron a la vez. El heredero de Sinclair quedó, desde luego, encantado: heredaba un marquesado de un pariente lejano al que apenas conocía y se deshacía, al mismo tiempo, de la responsabilidad de la chiquilla. —En realidad no era una chiquilla, tenía quince años entonces, pero el conde se abstuvo de hacérselo notar—. Así que no impugnó la tutoría y te la cedió a ti, como legado de tu padre. Dado que tú no opusiste resistencia alguna, se entendió que aceptabas y así quedó acordado. La dote ya estaba consignada, se te cedió y...

Se permitió dejar de escuchar durante unos segundos. La noticia de la muerte de sus padres lo devastó; todavía recordaba la sensación de desgracia que se cernió sobre él durante meses y que tuvo que ocultar a todos. Se encontró solo, al frente de muchísimos compromisos para los que apenas lo habían instruido y con varias mujeres a su cargo, dos de ellas bajo su mismo techo: su hermana Helena, que tenía entonces diez años, y Veva. Recordaba el momento en que la joven llegó a la finca. La esperaba, junto con todo el servicio, en la entrada principal; deseaba que sintiera que llegaba al que iba a ser su hogar, no quería que se creyera una carga. La conocía desde siempre y, aunque en los últimos años apenas la había visto, recordaba bien a aquella joven alegre de cabellos negros y ojos grises de carácter alegre y bullicioso que lo perseguía a todas partes cada verano. Sin embargo, del carruaje bajó una dama triste, apagada, tan delgada que parecía enferma. Veva no tenía una gran relación con su padre, Sinclair era un hombre estricto, pero sí con su madre, una dama cariñosa y muy atenta. Si para Sebastian la muerte de sus padres había significado un antes y un después en su existencia, la sensación que se llevó fue que, para Veva, la vida había acabado entonces.

Costó un año que se recuperara y volviera a ser ella, ¡y vaya si regresó! La casa se llenó de júbilo, las cuadras de una magnífica yeguada y en el condado todos hablaban de la traviesa española.

Durante dos años fue viéndola hacerse mujer y sus sentimientos comenzaron a cambiar, así que diez meses antes de debutar la había enviado a un internado en Suiza para que la pulieran, alejándola de sí, y se había dedicado a alternar él de cama en cama, tratando de olvidar la risa de Veva.

Pero había vuelto de Ginebra transformada. Su cuerpo había acabado de formarse, y sus modales, de perfilarse. Todos los hombres iban a quedar cautivados, tanto como él lo estaba ya.

Genoveva Sinclair se había convertido de manera definitiva en su infierno personal.

—¿Milord?

Levantó la vista. El letrado le estaba inquiriendo algo.

—¿Qué? —la pregunta sonó a disculpa.

—Le decía que he hecho efectivas las inversiones que componen la dote de *lady* Genoveva, una cifra que supera las diez mil libras, y he mandado preparar la casa que su madre le cedió en Córdoba, por si desea acudir allí en su viaje de novios.

«Viaje de novios». Veva iba a casarse y tendría que dejarla marchar. Sintió que las paredes se cernían sobre él y que el techo se le caía encima.

—¿Hay alguna estipulación sobre el tipo de esposo que su padre tenía en mente?

—Ninguna.

—Me dan ganas de casarme yo con ella y evitar toda esta situación.

Podía parecer una queja, pero era una frase calculada, una que había preparado durante días, desde que pidiera cita en la oficina de sus abogados.

—¡Eso no es posible, milord! —se soliviantó el jurista.

Lo miró con fingida extrañeza.

—Creí que no había ninguna limitación en su matrimonio.

—Y no la hay, la joven podrá casarse con quien quiera siempre que vos deis vuestra bendición. Por eso mismo no podéis ser el novio, porque os erigieron para protegerla y, por tanto, quien tendrá la última palabra sobre sus nupcias. Se diría que os estáis apropiando de su dote. A efectos legales sería casi como casaros con vuestra hija, además.

Magnífico, no solo era un excéntrico por desearla, sino que se convertiría en un ladrón de fortunas ajenas y en una especie de perturbado.

—Solo bromeaba —zanjó el tema.

—No me cabe duda, como sé también que elegiréis para ella al mejor de los candidatos.

—Así será.

Y cuanto antes lo hiciera y más lejos la enviase, mejor.

* * *

Aquella noche Veva era incapaz de dormir, así que, cansada de dar vueltas en la cama, subió hasta la buhardilla, abrió la claraboya del techo y, ayudada por las estanterías, trepó hasta el tragaluz y de allí salió al tejado. Le encantaban las alturas, la hacían sentirse dueña de lo que veía, por encima de todo. Había pasado mucho tiempo en las ramas de un tejo centenario en Lancaster, en la finca de los Hentley, tras la muerte de sus padres, hasta que sintió que recuperaba el control de su vida.

Esa noche habían vuelto a robárselo. Sebastian la había llamado a su despacho para explicarle los términos de su debut y de su dote y para hablar de sus expectativas. Era una boba, una boba que se merecía tener el corazón hecho añicos por enamorarse de un idiota como él.

Cuando había comenzado a hablarle de la necesidad de casarse, creyó que se refería a él más que a ella y que se

arrodillaría allí mismo y le pediría que fuera su esposa. Tanto, que se había sentido mareada y su corazón casi le rompe una costilla, tan fuerte y rápido había comenzado a latir. Pero no; era ella, claro, quien había de desposarse. Le había hecho una lista de los lores más convenientes y, con voz hastiada, le había aconsejado cómo manejarse con ellos.

Una lágrima cayó por su mejilla. Por una vez, la dejó rodar. Detestaba llorar, pero esa noche volvería a quedarse sola. Tal vez no *de facto*, pero era cuestión de semanas que fuera entregada a un desconocido para el resto de su vida.

Cuando murieron sus padres, al menos, se mudó a un lugar conocido, con personas que la consideraban parte de la familia y que la hicieron sentirse bienvenida. Ahora, en cambio, quién sabía dónde recalaría.

Pero solo podía responsabilizarse a sí misma de su dolor. Sebastian nunca dio señales de compartir sus sentimientos. Sí, la trataba con afecto, pero no más que a Helena, la hermana pequeña del conde, de la que Veva se había vuelto íntima a pesar de la diferencia de edad. Si ella había querido ver más de lo que había, ahora tendría que pagar las consecuencias.

Cuando, horas después, bajó del tejado, dejó allí arriba sus sueños de niña y decidió ser práctica. Su madre había sido casada con un inglés de carácter serio y estricto y, a su manera, había sido feliz. Ella buscaría la misma suerte y, como hiciera la marquesa de Sinclair, lo haría lo más lejos de allí que le fuera posible.

* * *

Dos meses después se casaba en la iglesia de San Jorge con el duque de Rachôme, *monsieur* François, y se iba a París para siempre.

Capítulo 1

Lancaster, enero de 1805

Sebastian había madrugado más de lo habitual aquella mañana, deseoso de desaparecer hasta que cayera el sol, llegar agotado a la casa y tener un pretexto para retirarse temprano, fuera o no educado, que, desde luego, no lo era. A la hora de comer se esperaba la llegada de la duquesa viuda de Rachôme y prefería dispararse en un pie antes que recibir a la princesa de hielo en que su dulce Veva se había convertido. *Lady Genevieve*, como era conocida en los salones desde que regresase a Londres cuando la turba, en forma de guillotina, se llevó a su esposo y la libró a ella por una mera cuestión de azar —nunca agradecería al Señor lo suficiente aquel pequeño milagro—, era considerada la mejor anfitriona del país. Desde el destierro de la princesa Carolina y dada la falta de interés de la reina Carlota en los acontecimientos sociales —era la soberana una mujer instruida que dedicaba su tiempo a su esposo enfermo y a causas benéficas y culturales—, Londres había quedado huérfana de un paragón de dama y Veva había adoptado ese lugar, coronándose como ejemplo de *savoir faire*.

Afrancesada, distante, inflexible y estricta, había coincidido en un par de ocasiones con ella en la temporada de 1803 y había sido decepcionante.

Nada restaba ya de su espontaneidad o alegría. En solo dos años volvía a ser la mujer derrotada que fue una vez de niña, solo que si a los quince años estaba desamparada y perdida, entonces regresó con una impenetrable armadura de displicencia.

Bailó una sola vez con ella aquella temporada, dos años atrás, y ni siquiera llegó a terminar la pieza. Era la misma mujer, más hermosa tal vez que cuando la dejó marchar, si es que era posible, y el brillo de sus ojos, no obstante, había desaparecido; se había ido a algún lugar para no retornar, acompañado, como comprobaría poco después, de la sonrisa torcida de sus carnosos labios y del gesto desafiante de su barbilla. Era una mujer bella, elegante, mesurada... pero también fría, retirada. No había rastro de la Veva a la que amó una vez, la única mujer que había despertado tales sentimientos en él.

Así se lo dijo, confesándole no su amor, que habría sido una impertinencia, pero sí que añoraba a la jovencita impetuosa que una vez fue.

La duquesa se hubiera reído de él mientras se lo explicaba si hubiera sido capaz de hallar la burla en una situación absurda, como hacía antaño con naturalidad.

—Es lo que ocurre, milord —le explicó mientras se mecían al son de la melodía—, cuando casáis a una niña impetuosa que no sabe nada de la vida con un hombre dieciséis años mayor que ella y la envías a un país completamente distinto, donde ni siquiera hablan su mismo idioma. La melancolía le consume el alma.

El conde de Hentley, para pasmo de los presentes y de la propia Genoveva, se detuvo en cuanto escuchó sus palabras. No había habido resentimiento en ellas, y era precisamente la oquedad que ocultaban lo que provocó que su corazón le cayera del pecho para yacer en el suelo, yermo. No había recriminación porque ella se había resignado, se había conformado. *Lady Genevieve*, su rebelde Veva, se había rendido. Aquel matrimonio, del que él era en gran

parte responsable, había destruido a la incomparable mujer que ella había sido.

La casó con el mejor partido de la temporada, teniendo el consentimiento de ella aun sabiendo que no era feliz ni estaba convencida, y la entregó a otro hombre para dedicar el resto de su vida a olvidarla.

Y ahora iba a instalarse en su casa. Sí, insistió, una bala en el pie le resultaba más apetecible en aquel momento. El dolor, al menos, sería rápido aun intolerable; los siguientes meses serían, en cambio, una lenta y dolorosa agonía.

No la quería allí, no quería vivir de cerca su resentimiento, del rencor que le guardaba, ni quería saber, tampoco, hasta qué punto había sido desgraciada con el duque.

Pero su hermana Helena debutaba ese año y había pedido a Sebastian que fuera ella su guía, a falta de una familiar cercana con posición social y a quien le abrieran las puertas de todas las mansiones de Londres, las del palacio real incluidas. Sin consultárselo, había escrito a Veva para pedirle que fuera su madrina durante su debut, antes de preguntarle a él si era adecuado. Suponía que la duquesa viuda no había podido negarse, no sin dar unas explicaciones que la joven no necesitaba saber. Del mismo modo, también él tuvo que doblegarse a la petición de su hermana una vez la duquesa había aceptado, sin poder hablarle del extraño pasado que lo había unido a la dama y que, ahora, los separaba.

En todo caso su huida —un caballero huyendo de su casa, ¡inaudito!— había sido en balde. Eran las cuatro y *madame* Rachôme todavía no había llegado. Helena se paseaba impaciente por el *hall* mientras él permanecía, atento, en la galería de la primera planta, oculto entre las sombras. Se suponía que leía en su dormitorio, pero la realidad era que la puerta estaba abierta y él se hallaba más tiempo en el corredor que en la alcoba, atento a cualquier movimiento que le indicase que el carruaje ducal arribaba a la casa. Llevaba, además, chaqueta y un intrincado nudo en el pa-

ñuelo, aparcada su costumbre de, cuando estaba en casa, vestir en mangas de camisa y chaleco, sin nada que cubriese su cuello, siquiera.

Se temía que tendría que respetar más normas de las que hubiera deseado si quería que *madame* Rachôme permaneciese con ellos hasta la caza del urogallo, al final de la temporada.

* * *

Pasaban de las cuatro y media cuando su coche enfiló el camino de entrada de la finca de los Hentley. Una de las ruedas del carruaje se había roto cerca de Preston esa mañana y habían tardado varias horas en poder continuar su viaje.

Para Veva la dilación fue bienvenida pues, a pesar del enorme cariño que sentía por Helena, con quien había estado carteándose durante cinco años una vez al mes, como mínimo, regresaba a un lugar lleno de recuerdos extremos, unos aciagos y otros maravillosos. A los quince años había llegado huérfana y llena de dolor a la mansión del nuevo conde; allí había curado su tristeza y había conocido el amor para que, tras su debut y para su desesperación, la arrancaran de Lancashire para siempre.

Reconoció la amplia fachada frontal de estilo tudor, franqueada por cuatro torres, una señalando a cada punto cardinal. La planta de la casa tenía forma de H en honor al rey Enrique VIII y, a pesar de los siglos —casi tres— y las reformas sufridas, seguía manteniendo esa misma estructura en solo dos alturas.

Contaba con dieciocho chimeneas que en ese momento, humeantes, debían de estar a pleno rendimiento para dar calor a una vivienda tan grande. Era una tarde muy fría y el sol no tardaría en esconderse.

El vetusto tejo, entre cuyas ramas se había ocultado cientos de veces, coronaba la entrada. Allí la esperaba el

mayordomo, estoico en su saludo cuando le abrió la portezuela, como si no la conociera desde antes de su puesta de largo. Le hizo una reverencia con la cabeza y le franqueó el paso hacia la casa. El ama de llaves se presentó también.

¿Dónde diablos estaría Sebastian?, se preguntó. ¿Acaso no pensaba darle una bienvenida civilizada, recibéndola en la puerta de su hogar, como se esperaba de un caballero, e introduciéndola él al servicio?

Entró al enorme recibidor de doble techo y vio a una hermosa joven levantarse de uno de los peldaños de la enorme escalera imperial de piedra vestida con una alfombra dorada, dejar esta caer de cualquier manera el libro que había estado leyendo hasta ese momento y correr hacia ella.

—¡Genoveva, Genoveva! ¡Al fin has llegado! He estado esperándote desde que el reloj diera las doce y en breve sonará el gong de la cena.

El tono lastimero de Helena encerraba una ilusión creciente al recibir a la mujer con la que había pasado los últimos ocho veranos de su vida —la visitó en Francia y también en su casa de Londres desde el fin de la temporada hasta la apertura del Parlamento— y a la que conocía desde que naciera.

El conde de Hentley se asomó apenas por la balaustrada de la primera planta, lo suficiente para mirar sin ser visto, y observar a su hermana pequeña abrazar y besar con cariño la mejilla de la recién llegada. Vio cómo esta le permitía el gesto, pero que no lo correspondió. Se mantuvo sobria, en cambio, y esperó a que finalizaran las muestras de afecto para reprender a la muchacha ante la evidente impaciencia.

—Debutas este año, Helena, y se espera de ti sofisticación, no prisas y mimos.

Una única mirada de la duquesa bastó no solo para que la otra dama recuperara la compostura, sino también para que su doncella personal se plegara a la autoridad del ama

de llaves y para que esta que se hiciera cargo de la criada y del equipaje, que fue llevado a las habitaciones de la condesa, contigua a la de Sebastian. Solucionada la cuestión de su aposento para las próximas semanas, hasta que hubieran de trasladarse a Londres, tomó a la joven del brazo y la condujo por la casa que tan bien conocía hacia una de las salitas, con el enhiesto porte digno de la mismísima realeza, donde continuaría aleccionándola sobre las formas adecuadas.

A pesar de su calmada pose estaba nerviosa y echó una mirada rápida hacia la galería de la primera planta. Fue entonces cuando se vieron. Sebastian dio un paso atrás, no querido que sus ojos se cruzasen. ¿Lo habría reconocido como el dueño de la mansión, acaso?

La respuesta era afirmativa, más que verlo lo había intuido, y la decepción de Veva se había mezclado con el alivio de posponer un poco más el inevitable encuentro.